

concilio Toledano IV habia prohibido que se cantase cosa alguna entre la Epístola y el Evangelio. Sobre esto el cardenal Bona, lib. 2 Rer. liturg. cap. 6, n. 4, dice: «Que en aquel tiempo que fue establecido dicho «cánon observa que estando vigente en «España el rito mozárabo, segun el que des- «pues de la primera leccion del Viejo Tes- «tamento se decia el Responsorio, despues «se leia la Epístola, á cuyo fin respondi- «do el coro *Amen*, al momento se cantaba «el Evangelio; por cuyo motivo los Padres «en aquel Concilio, presidido por san Isi- «doro y convocados por él mismo, quisie- «ron por aquel tiempo usar y retener ó con- «servar el rito.»

Alleluja.

Es expresion hebrea y oracion que entre ellos tiene dos partes, y significan: Alabad al Señor, ó á Dios. *Hallelu* equivale á alabad. *Iá* es uno de los diez nombres de Dios. Se llama *Iá*, porque es Criador del mundo y causa de su misma esencia. Se deriva del verbo hebreo *Haiak*, id est, *fuit*. (Hiero. Marcellæ, tract. de Allel). Su autor fue David, segun nota Casiodoro sobre el salmo civ. «Hoc verbi decus à præsentí psalmo fecit «initium, nec ante à quoquam reperitur po- «situm, quamvis multi scriptores fuerint «primitus hebræorum.»

Fue introducido este canto en la Iglesia latina en el pontificado de san Dámaso, el cual uso se trajo de la Iglesia hierosolimítana, y no de la griega, como algunos lo han atribuido á san Gregorio, quien en el lib. 7, epist. 63, se disculpa de esta calumnia, mientras algunos se quejaban que introducía en la Iglesia romana los ritos griegos. No obstante, este santo Pontífice mandó se cantase en todo el año, como refiere Baron. ann. 304, por cuya razon es falsa la opinion de Sozomeno, cuando escribe haber sido costumbre de la Iglesia romana cantar una sola vez la *Alleluja*.

Por mandato de Alejandro II, por ser tiempo de tristeza, de dolor, de llanto ó penitencia, en el que no tiene lugar la alegría, se dejan las allelujas desde la Septuagésima hasta la fiesta de Pascua; ordenando el mismo Pontífice se repitiese dos veces en el fin de Vísperas antes de la dominica de Septuagésima. (Baron. ann. 1073). El motivo de repetirse despues tantas veces en tiempo pascual es para mostrar el gran regocijo de nuestra regeneracion.

En el Sábado Santo, celebrando el Obispo de pontifical, el subdiácono, cantada la Epístola, primero de besar la mano, dice: «Reverendissime Pater, annuntio vobis «gaudium magnum, quod est alleluja;» besando despues la mano al Obispo entona las

tres alleluyas. (Cerem. Episc. lib. 2, cap. 27).

Se añade Alleluya al Gradual para manifestar que no solo hemos de dolernos de nuestra miseria, sino que tambien hemos de esperar con alegría la venida del Señor.

Tambien nos recuerda y significa el bautismo de Cristo, en el que se abrió el cielo, y se manifestó sensiblemente el misterio de la Trinidad divina; porque el Hijo apareció en carne, el Padre en la voz, y el Espíritu Santo en figura de paloma. (Math. III). Desde allí empezó y recibió la virtud nuestro bautismo, por el que renacemos en hijos de Dios: de lo que debemos alabar á Dios por tan singular beneficio, como lo verificamos cuando decimos *Alleluya*.

Es digno de notarse, como ya dije en otra parte, que la Misa se compone de tres idiomas diferentes: hebreo, cuando decimos *Alleluya*. Griego, cuando decimos *Kyrie eleison*. Y latino, á fin de que con razon se pueda decir: «*Ut omnis lingua confiteatur, quia Christus est in gloria Patris.*»

Tracto.

Significa un cantar triste, que se dice despues de la Epístola en lugar de Alleluya, que empieza de la Septuagésima hasta el Alleluya del Sábado Santo; si bien no se canta todos los dias sino en las Dominicas hasta Cuaresma, en el cual tiempo se dice

tambien en los lunes, miércoles y viernes, porque en estos dias era mayor el concurso del pueblo. Tiene su origen de *traho*, porque se prolonga la voz en lugar de lamentacion, llorando la santa Iglesia la caida de nuestro primer padre. (Rupert. de divin. Off. lib. 5, c. 4).

Unos dicen que el autor del *Tracto* fue Celestino, otros lo atribuyen á Gelasio, y otros á Telesforo.

Sequentia.

El autor de la *Sequentia*, que otros llaman *Jubilatio*, fue Notkerio, abad de San Galopedo. Nicolás papa ordenó se cantase en la Misa. Se le dió el nombre de *Sequentia*, porque se sigue al Gradual.

Cuatro son las *Sequentias* que usa la Iglesia romana, de las cuales la primera es: *Victimæ paschali* en el dia de Pascua, cuyo himno fue compuesto por el rey Roberto de Francia, el año 1003. (Durand. lib. 4, cap. 22). La segunda es: *Veni Sancte Spiritus*, en el dia de Pentecostes, cuyo autor se cree fue el B. Hermano Contracto, en el siglo XI. La tercera: *Lauda Sion*, en la fiesta de *Corpus Christi*, que se atribuye á santo Tomás de Aquino. Últimamente la cuarta es: *Dies iræ, dies illa*, que se lee ó canta en las Misas de difuntos, cuyo autor, segun

unos, fue el cardenal Ursino, y segun otros fue san Bernardo.

Mudar el Misal.

El pasar el Misal de un lado á otro no deja de tener su mística significacion, pues el lado donde se lee la Epístola representa el pueblo de los hebreos, quienes fueron los primeros llamados al Evangelio; el lado donde se lee el Evangelio significa el pueblo gentil, que recibió el Evangelio despreciado por los judíos. Cuando despues de la Comunión se vuelve al lado de la Epístola, significa la futura conversion que se espera de los hebreos. (Hugo de S. Vict. in Specul. Ecclesiast. cap. 7).

Munda cor meum.

Ínterin se muda el Misal, puesto el sacerdote en medio del altar, se prepara para leer el Evangelio, suplicando á Dios se digne purificar su corazon y labios para poderlo anunciar dignamente, así como purificó los labios de Isaías por medio del fuego. Pues las sagradas páginas nos enseñan que habiendo Isaías visto al Señor sentado sobre un sublime solio, rodeado de Querubines, exclamando que tenia inmundos sus labios, al momento cierto Serafin de aquellos que estaban en la presencia del Señor, despues de tomada del altar con unas tena-

zas una piedra ardiendo, la acercó á sus labios, para de este modo significar estaban expiados sus pecados.

Este es el motivo por que pide la bendicion al sacerdote antes el que ha de cantar el Evangelio, diciendo: no *Jube Domine...* sino *Jube Domne...* Al contrario, el sacerdote no debe decir en su Misa *Jube Domne...* sino *Jube Domine...*

La razon de esta diferencia es, porque la palabra *Domínus* propiamente solo conviene á Dios; mas la de *Domnus*, que es voz truncada, se atribuye á los hombres. Por lo que, pidiendo el diácono, no á Dios sino al sacerdote su bendicion, dice: *Jube Domne benedicere*; pero el sacerdote que la pide á Dios, dice: *Jube Domine benedicere*. Tambien hay diferencia entre la bendicion que se pide á Dios y la que se pide al hombre; porque á Dios le suplicamos nos conceda las gracias que necesitamos, y al hombre pedimos ore á Dios por nosotros, y que derrame su bendicion sobre nuestras personas. Por esto leemos en el Éxodo: *Abeuntes benedicite mihi.* (Cap. XII).

Tambien se pide la bendicion para denotar que en la Iglesia de los fieles ninguno debe predicar sin que sea enviado al efecto; pues la lectura del Evangelio significa la predicacion. Tomada ya aquella, diácono, subdiácono, turiferario y acólitos

se dirigen al púlpito, cuyo acompañamiento indica los muchos que siguieron la doctrina de Cristo. Preceden los acólitos con las luces encendidas en señal de espiritual alegría, por ser el Autor del Evangelio luz verdadera que ilumina á todo hombre. En seguida va la cruz, en muchas partes no la llevan, para denotar se predica á Cristo crucificado. (Durand. lib. 4, cap. 15).

Evangelio.

El pueblo de Dios es perfectamente instruido por la doctrina de Cristo contenida en el Evangelio, que no leen sino los diáconos y sacerdotes, cuya doctrina debemos creer como verdad infalible. Se propone á los fieles sus mandamientos, los que se han de obedecer y practicar con devoción y exactitud. Por el Evangelio resuena manifestamente la predicación de Cristo despues de san Juan, por la que instruyó á los fieles dándoles la ley de gracia, y decorando á su Iglesia con los Sacramentos de su divina misericordia.

Se canta en el púlpito el Evangelio, porque la ley de Dios es mas para lo público que para lo privado; y así como Dios dió la ley en un monte, y en la parte de él mas alta, así Cristo en la Iglesia católica, por su Esposa la promulga desde el mas eminente sitio, segun aquellas palabras: *Supra*

montem excelsum ascende tu, qui evangelizas Sion.

Se canta el Evangelio dirigiéndose á la parte de Aquilon, dejada la derecha del altar, para denotar que la doctrina de la verdad se quitó á los judíos por su dureza, y fue entregada á los gentiles.

El diácono, antes de empezar á leer, despues de saludar al pueblo con *Dominus vobiscum*, hace la señal de la cruz sobre del libro de los Evangelios, como si dijera: este es el libro del Crucificado. En seguida se persigna él, y tambien los fieles, con la cruz en la frente, boca y pecho, para mostrar el afecto que tienen de oír el Evangelio de la boca, para confesarlo en el corazon, y para que diabólicos pensamientos no les impidan su fruto.

Incienza el diácono el libro antes de empezar su lectura, porque el predicador debe dar de sí buen olor de su buena fama y reputacion, segun aquellas palabras del Apóstol: *Christi bonus odor sumus.*

Mientras se lee ó canta el Evangelio, todos por reverencia están en pié y con la cabeza descubierta, por decreto de Anastasio papa. Esto manifesta están dispuestos á cumplir los preceptos del Señor. Los militares durante este acto, ó ponen la mano en el puño de su espada, ó la sacan desnuda, para acreditar derramarán su sangre, si

conviene, en defensa de la fe de Cristo. No cantándose el Evangelio en el púlpito, si durante este ocurre de hacer alguna genuflexion, se abstendrá de hacerla el subdiácono que tiene el libro, y los acólitos que asisten con los candeleros deben estar inmóviles. (Cærem. episc. lib. 1, cap. 10).

La palabra Evangelio equivale á *buenas noticias*, buen mensaje. No solo contiene la predicacion de Cristo, sino tambien su Encarnacion y demás misterios de su humanidad que obró para nuestra salud, pues que todo fue buenas nuevas para nosotros. Por lo que, entre católicos, á mas de los cuatro Evangelios, en los que se trata de las buenas nuevas del Salvador nacido, y de la remision de los pecados hecha por el mismo, se toma tambien por todo aquello que el predicador dice al pueblo, con objeto de alcanzar la gloria, y enmendar la vida, ó declarando las sagradas Escrituras, ó reprehendiendo los vicios.

El dar á besar el libro al sacerdote, despues de concluido el Evangelio, es para alcanzar la paz de Cristo; pero si estuviere presente alguna dignidad de las que están expresadas en la rúbrica, no debe besar el sacerdote, sino la persona mas digna únicamente, porque Cristo es uno solo, y no se puede dividir. (Gavant. part. 2, tit. 6). Antiguamente no solo besaba dicho libro.

de los Evangelios el sacerdote celebrante, sino que despues de pasado para besarlo todo el clero, verificaba lo mismo todo el pueblo. Honorio III prohibió con pena de excomunion se ofreciese para besar el libro de los Evangelios á los seglares. (Merat. tom. 1, part. 1, pág. 444). No obstante por tolerancia se ofrece á los príncipes, pero no á los legos de inferior orden. (Perimezzius, disert. 8, pág. 237).

Laus tibi Christe.

Estas palabras que responde el ministro en nombre del pueblo despues de leído el Evangelio manifiestan la alabanza y respeto que tenemos á Cristo por su doctrina. Antiguamente unos respondian *Amen*, como si dijeran: *Dios nos haga perseverar en la doctrina del Evangelio*. Otros decian *Deo gratias, en accion de gracias por el beneficio de doctrina tan saludable*. Otros, *Benedictus qui venit in nomine Domini, por ser Cristo enviado de su Padre*. (Dur. lib. 4, cap. 22). Mas ahora decimos: *Laus tibi Christe*, por disposicion de la Iglesia romana.

Añade despues el sacerdote: *Per evangelica dicta deleantur nostra delicta*. En cuyas palabras debe notarse que, aunque generalmente *delictum* significa pecado, en este caso solo debe entenderse del perdon de culpas leves ó veniales, por no perdo-

narse las graves fuera del sacramento de la Penitencia. (Le Brun, tom. 1, pág. 240).

Del Símbolo ó Credo.

Santo Tomás, en la tercera parte de su Suma, quæst. 83, art. 4, enseña el motivo por que se lee ó canta en la Misa el Credo, y por que se dice en unas, y en otras se omite. « El pueblo, dice, se instruye perfectamente por la doctrina contenida en el « Evangelio... Y porque creemos á Cristo « como divina verdad, se canta el Símbolo « leído el Evangelio, en el que manifiesta « el pueblo que él por la fe cree la doctrina « de Cristo. Se canta este Símbolo en las fiestas de quienes se hace alguna mención « en el Símbolo, como v. gr. en las fiestas « de Cristo, de la bienaventurada Virgen « María, de los Apóstoles que fundaron esta fe, y otros semejantes.»

El Símbolo nos manifiesta el fruto que consiguió la Iglesia por la predicacion de Cristo y de los Apóstoles. Tres Símbolos hay en la Iglesia: *Apostolorum, Nicænum, et Athanasii*; y serán cuatro añadiendo el Constantinopolitano. El que se canta es compuesto del Niceno y Constantinopolitano, el cual compuso y ordenó, por mandado de los Padres, Eusebio Cesariense.

Nosotros le llamamos Credo, que equivale á la voz griega *Symbolon*, que significa

señal; por cuya razon el Credo de los Apóstoles se llama tambien *Symbolum*, ya porque era señal con la que los verdaderos Apóstoles se diferenciaban de los falsos de aquel tiempo, ya porque los Apóstoles juntos en uno dieron sus votos y pareceres para componer aquel Credo. No que cada uno pusiese un artículo, como dicen algunos, y se enseña á los niños en las cartillas, sino que todos juntos de comun parecer lo hicieron todo como un decreto del Senado, como lo prueba Nebriss. por autoridad de Rufino.

En Roma no se rezaba el Símbolo en la Misa, para indicar que siempre fue candidísima de las herejías; pero Benedicto VIII, á instancia de Enrique emperador, lo introdujo. (Bar. ann. 1204).

Representando, como dije, el celebrante la persona de Cristo, no se arrodilla al cantarse en el coro: *Et incarnatus est...* solo si inclina su cabeza; mas en el dia de la Anunciacion y del Nacimiento se arrodilla, como tambien lo hace el mismo Pontífice descendiendo del solio, para denotar haber bajado el Verbo á encarnarse en este dia. Todos los demás que no estén en el altar deben siempre arrodillarse en veneracion del misterio de la Encarnacion.

Luego de cantado el *Incarnatus*, desplegando el diácono el corporal, denota que

Cristo despues de la Encarnacion empezó á manifestar los ocultos misterios que en ella se contenian.

Hasta aquí se llamaba antiguamente Misa de los catecúmenos, á los que se les permitia asistir; siendo en este acto despedidos por el diácono, como insinué en otra parte, por empezarse ahora la oblacion ó sacrificio, al que no podian asistir hasta despues de recibido el sagrado Bautismo.

CAPÍTULO IX.

DEL OFERTORIO.

Preparado ya é instruido así el pueblo, se empieza la celebracion del misterio, el que se ofrece á Dios como sacrificio y consagracion, y se toma como Sacramento, por cuya razon se canta primero el Ofertorio mientras se hace su oblacion. Luego despues viene la consagracion de la materia ofrecida, y la percepcion del Sacramento.

La Oblacion contiene dos cosas: primera, la alabanza del pueblo en el cántico del Ofertorio, que significa la alegría de los que ofrecen. Segunda, la oracion secreta del sacerdote por la que pide que la oblacion del pueblo sea á Dios grata, conforme á aquellas palabras del Paralip. xxix: *Ego in simplicitate cordis mei letus obtuli univer-*

sa hæc: et populum tuum qui hic repertus est vidi cum ingenti gaudio tibi offerre donaria... etc. (Div. Thom. in 3 p. q. 83, art. 4).

Significacion del Ofertorio.

El Ofertorio propiamente significa la conversion de las gentes á la fe de Cristo, por la que ofrecieron sus bienes y á sí mismos al Dios verdadero. Tambien se manifiesta por el Ofertorio la devocion del pueblo que, por los muchos bienes de Dios recibidos, quiere servirle con fidelidad.

Todos estos misterios, así como fueron necesarios á los santos Padres antes de la venida de Cristo para prepararse con devocion á recibirle cuando vendria á revestirse de nuestra carne mortal, del mismo modo son necesarios á los fieles presentes en el oficio de la Misa para recibir devotamente al mismo que viene á nosotros, aunque de un modo invisible en el sacramento de la Eucaristía. Este oficio no tiene mas objeto que desear esta venida, pedirla, aceptarla; y extraviados en su gracia y doctrina debemos tambien llorar nuestros pecados así que empieza su predicacion, y regocijarnos en la esperanza de la soberana alegría. Debemos, á mas de esto, observar sus mandamientos con diligencia, confesar públicamente las palabras de su fe, y últimamente ofrecer en su presencia con fide-